492

LA NOVELA CORTA

20 CTS.

NUERE

EL AMOR MAS FUERTE

POR

DIEGO SAN JOSE

COMPRE USTED EL PRIMER TOMO DE

BIBLIOTECA GALANTE

que publi a una intencionada y bellísima novela original de JOHN CLELAND, titulada

Memorias de Fanny Hill

MUJER GALANTE

(TRADUCIDA POR GUILMAIN)

De venta en librerías, kioscos y Bibliotecas de Estaciones.

Precio: 1,25 pesetas.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo el disparate cómico en tres actos, titulado

La casa del señor Cura

original de

JOAQUIN DICENTA Y ANTONIO PASO (HIJOS)

40 cts.

N.° 492 Año X

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 25 Abril 1925

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3, MADRID. — APARTADO 8.008. TELÉFONO J-624.

EL AMOR MAS FUERTE

NOVELA INEDITA

Diego San José

I

Alto ejemplo de contrición y discretísima dama, ejemplo a un mismo tiempo de bondad y de sanísimo juicio, con cuyas altas y acrisoladas prendas del alma distraíanse muy bien sus compañeras de clausura era sor Juana Inés.

Como si estas perfecciones del espíritu fuesen cosa de poco, eran imanes de cuantos vivían a su alrededor, la ingeniosa amenidad de su charla, siempre llena de donaires y agudezas, y un gracioso desparpajo, que sin ofender, ni mucho menos, la gravedad de su estado religioso, declaraba que durante los días que viviera en el siglo fué hembra de grandes simpatías.

En su espíritu amplio, nada asustadizo ni mogigato, y por ende un poco impropio de aquel tiempo en el que la hipocresía era el mejor báculo para andar por los caminos del Mundo, no anidaba aquella simple parsimonia, que parece cosa necesaria y de todo punto imprescindible (sin la cual, tiene por cosa cierta y averiguada que no hay verdadera vocación), para el vivir contemplativo...

Nunca se la veía hopócritamente con los ojos puestos en el suelo, como si al andar tuviera el simple entretenimiento de ir contando las junturas de los ásperos ladrillos del claustro o las chinitas en el piso de la huerta.

No tenían sus palabras aquel sonido gangoso y simple que parece uniforme en la garganta de las monjas bobas, que no saben dejarse oir sin echar previamente por delante un "¡Ave María Purísima!"

Tampoco era de las que, habiéndose retirado del siglo por no contaminarse de las pasiones y resabios de la humanidad a fin de tener el alma limpia en la hora suprema y poder alcanzar dichosamente la eterna bienaventuranza,

Las novelas "inéditas" que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

no dejan la intriga y la murmuración, aunque sea sin malicia, y sólo por distraerse de la forzada holganza con que pasan la vida dedicadas únicamente a mantener el fuego sagrado de su divino e intangible amor...

Más que una monjita atada al claustro con todos los votos, creyérala una dama que hubiérase retirado del Mundo por un espacio más o menos dilatado, a cumplir una penitencia, y que tan pronto como ésta fuera cumplida, habría de reintegrarse a su ordinaria vida cortesana.

Entre sus hermanas de clausura no veíasele nunca hacer extremosas muestras de misticismo, poniéndose en cruz ni besando el suelo, llorando a raudales, como si ciertamente fuese la Magdalena arrepentida.

Sor Juana era todo optimismo, clara como las albas y pulidas tocas que cubrían su bizarrísimo cuerpo.

Como huellas de su paso por la vida cortesana, en la que seguramente encontró zarzas y espinas que la obligaron a apartarse hacia la escondida senda de la oración y la penitencia, por fuera del rostrillo salíanle unos deliciosos y negrísimos aladares que enmarcaban graciosamente la color morena de su bien concertado rostro.

Sin duda que en gracia de su gentil donaire, así como la cuantiosa dote que hubo de aportar a la comunidad al encerrarse en el claustro, hacían que la Madre Abedesa fingiera no parar mientes en este resabio de mundología.

* * *

La luz del Cielo al través de las celosías iluminaba su celda, que no era algún cuchitril sombrío como los que de ordinario suelen verse en los lienzos devotos y se describen en las ejemplares vidas de los buenos siervos de Dios, orlados los muros de macabras pinturas, como aquellas espantables que inmortalizaron el arte de Valdés Leal, y atributos naturales de la Muerte.

Un magnífico Crucifijo, labrado en marfil por algún maravilloso artífice de la imaginaria religiosa, estaba enclavado frente a la puerta que daba al claustro.

Dijérase que era un divino guardián contra las asechanzas del Enemigo malo, quien tengo para mí que si ocurriérasele trasponer aquellos umbrales, antes detendríase en ellos maravillado por el primor de la sagrada efigie, que por la fuerza insuperable del miedo hacia el que fué en tiempos su dueño y Señor.

A los pies de la veneranda imagen siempre había flores recién cortadas, que éste era cuidado que tenía a su cargo diariamente el jardinero, por mandato de sor Juana.

A la otra parte de la estancia, junto al dormitorio, admirábase un soberbio retrato, por tan maestro pincel ejecutado, que nadie pensara que fuese guiado por mano menos inmortal que la diestra de Pantoja de la Cruz, el pintor de cámara que fué de Felipe II.

El tal lienzo representaba a un caballero ya anciano, en cuyo pecho estampábase sangrienta la gallarda insignia del Orden militar de Santiago.

Al margen de tan hermoso lienzo había una primorosa miniatura, que era primoroso traslado de una bizarrísima dama vestida según la abigarrada y costosa usanza que trajo a la Corte de París la reina doña Isabel de Valois, segunda esposa de nuestro austero y hermético Don Felipe II, que Dios haya a su

diestra por los siglos de los siglos sin esperanza de la resurrección de la Carne.

En unas alacenas de ébano, cubiertas de cortinillas verdes, guardaba las más bellas flores que hasta entonces habíanse cortado en el frondoso y vasto jardín del ingenio español.

Junto al "Cántico espiritual", de San Juan de la Cruz, "La Imitación de Cristo", del divino fray Luis; "Las Moradas", el "Libro de las fundaciones" y el "Camino de perfección", de la madre Teresa, estaban "La Dorotea", "El Peregrino en su patria" y alguna parte de las comedias de Lope de Vega, "Los Sueños" y "El Buscón", de Quevedo, el "Quijote" de Cervantes y "El Diablo cojuelo", de Vélez de Guevara .

Todos ellos ricamente empastados en tafilete o en pergamino finísimo, eran doctos y mudos amigos de la reverenda madre y con todos gustaba de holgarse un par de horas cada tarde luego de haber cumplido sus menesteres religiosos, sin que de ninguno tuviese que temer el mal pago que los hombres de carne y hueso pudieran haberle dado los ingenios que los escribieron.

No si no hubiérase parado su merced, siendo tan gentil como era, un par de horas con cualquiera de ellos y sacara, si el entendimiento lleno de donaires, el alma nadando en pesadumbres.

Tampoco faltaba en la estancia un clave en el que solía rendir culto a la Música, hermanando muy bien las místicas melodías de Salinas, Cabezón, Felipe Ruiz y Vitoria con las últimas tonadas (como ellas fuesen limpias y honestas) que a la sazón cantáranse en los "corrales" de la Corte.

De esta manera, Quiñones de Benavente, Agustín de Rojas y Trillo de Figueroa, que con sus letrillas alegres y desenfadadas daban ocasión a muy lindas cantinelas, también tenían ecos en aquella deleitosa celda, que era tenida por el aposento más alegre de todo el vasto monasterio de que formaba parte.

Así en las tardes desapacibles, que la crudeza de la estación no consentía que las apacibles monjitas bajasen como lo habían por costumbre a recrearse en la huerta, las menos apegadas al misticismo exagerado que prohibe todo solaz y esparcimiento, por inocente que sea, congregábanse a manera de artística y femenil academia en la celda de sor Juana y por las bellas celosías el Arte, asomábanse a los olvidados caminos del Mundo.

Y a bien que el Señor, de quien eran esclavas, no habría de ofenderse porque le apartasen del pensamiento durante aquel espacio, ya que sor Juana parece que sabía hacerlo con tanta destreza, que no fuera mucho el que los ángeles asomáranse para oirla tocar y orearse un poco de la vida celeste con tan lindas emanaciones de la Tierra.

Asimismo, como era muy donairosa en la conversación, gustaban más sus compañeras de escucharla, porque siempre de su parleta aprendían algo y tenían noticias de cosas y costumbres del siglo, que muchas, encerradas en el claustro desde la niñez, ignoraban por entero.

Las que no tenían conocimiento de más simples ni compuestos que el agua limpia del pozo que habían en medio de la huerta, para enjabelgar su persona, maravillábanse de los unguentos y pomadas con que las damas y damiselas enmendaban engañosamente sus fisonomías.

Ello contribuyó a que más de una reverenda madre, que muy tranquila estaba con la conciencia dormida y ajena de los resabios del Mundo, entráranla deseos de asomarse al siglo, del que sólo tenía noticias, de oídas, pues desde los albores de su mocedad llevaba consagrada al eterno y seráfico esposo que jamás abraza a sus esposas hasta que la Muerte viene a ponerlas en sus brazos.

Y bien sabe el Malo, enemigo mortal de la perfección del alma, que más de una por la noche, en la soledad de la celda, cuando las demás descansaban, ante algún espejillo, encargado de contrabando a alguna hermana lega con sus puntas y collares de "Celestina", aderezaba su rostro con polvos y coloretes, que como ella no tenía costumbre de manejarles, más que embellecerla dábale el grotesco aspecto de una estampa de taberna.

Alguna llegó hasta hacer pruebas de indumentaria mundana, despojándose de los hábitos monjiles y aderezándose con las ropas de la cama pasajeros vestidos que remedar querían a los de las damas que ellas veían por entre las celosías del coro y del locutorio.

En fin, que bien puede decirse que la mundología de sor Juana llevó una inquietante brisa de coquetería a sus hermanas de clausura que tan ajenas parecían estar de las cosas de rejas afuera... En cambio ella, (no habría de saberlo todo), recibió tan sabias lecciones de confitería y repostería, que solamente con escuchar las recetas ya se le hacía la boca agua, como dicen, sin haber necesidad de recurrir al testimonio de los sabrosos ejemplos.

II

La piedad de los Reyes de España mostraba notable afición por aquella santa casa, que tenía origen real, pues una princesa de la sangre, hija del César, fué quien la fundara.

Don Felipe III y su devotísima consorte, ejemplarísimo matrimonio como Santa María de la Cabeza y San Isidro Labrador, que era bueno para ocupar entrambos lados de un altar en una iglesia aldeana, pero no para hacer de menos un trono, acudían a pasar las más de las tardes en la sala capitular de las amables monjitas.

Diz que a tanto llegaba la preferencia de Sus Majestades por este monasterio a sus espensas fundado, que deseando dar a la comunidad una prueba elocuente de su regia estimación, regaláronle la cama en donde se concibió y nació el serenísimo príncipe de Asturias, que habría de continuar la cronología de los Reyes de España con el nombre de Felipe IV.

El caso se presta harto para comentarios que no son de este lugar, y la musa regocijada de entonces no desaprovechó la ocasión que se le ofrecía para escribir desvergonzados epígramas y picantes sátiras que, pasando de antología en antología, han llegado hasta nosotros.

Todas las monjas eran ramas de añosos troncos genealógicos y muchas, como queda dicho, llevaban sangre real en el cauce de sus venas.

Tantos coches y literas veíanse de ordinario en la puerta del convento como en cualquiera casa de las primeras de la Grandeza.

En las fiestas solemnes, los devotos soberanos y su lucido séquito, acaso el más pomposo y abigarrado de todas las Cortes de Europa, tenían privilegio para quebrantar la clausura y después de merendar nada penitencialmente, con las castísimas esposas del Señor, habían su poco de bureo con sus puntas y collares de cortesanía.

La espumilla de la hispana Nobleza, que como sistema planetario, en torno del astro-rey a todas partes le acompañaba, remedaba muy bien estos baños de misticismo recreativo que placíanse en tomar sus par de veces por lo menos cada semana.

El Monarca, que siempre solía dar unos pasos de contrapás con la reverenda y rolliza priora, por hacer más alto honor al honesto esparcimiento, gustaba de danzar después con la novicia más bizarra, la cual, solía entrar en tan grande confusión, por la merced de la fineza, que apenas si acertaba a seguir los compases de la música.

Ya había unas cuantas veces que el pacato soberano, que en lo tocante a los gustos del Mundo, por de fuera parecía una cosa y era otra por de dentro, que tal honor como el de danzar con su regia persona le dejaba para sor Juana Inés, y no acababa tan presto como la rigurosa etiqueta palatina recomendaba.

El bueno de Felipe III, con su exterior recogido y beatífico, gustaba de abrasarse placenteramente en el fuego carnal de unos ojos negros o azules y de hacer progresos de condenación en la bizarría de un cuerpo bien hecho.

No era todo austeridad en aquel Monarca, como tenazmente parecen tener empeño en demostrar sus historiadores y cronistas, como sí, además de las naturales mercedes prodigadas por la Mayordomía de Palacio, fuérales en ello nada menos que la remisión de sus culpas y la salvación de sus almas...

Tenía, eso sí, don Felipe mucho de hipócrita y procuraba hasta donde le era posible que no trascendieran sus flaquezas a la alborotada plaza del vulgo.

Harto sabido es, que por curar poco o nada de su regio menester y embargarse ahincadamente en fiestas y bureos trajo la ruina del Reino, y en bien poco estuvo que la desmedida codicia de los Lerma, Uceda, Siete Iglesias, Franqueza, diese al traste con el antiguo y temible poderío hispano.

¡Oh aquéllos tiempos, cómo parece cosa cierta que pasaron para no volver...!

Entretenido el pacato y muelle Felipe III todas las noches entre nueve y once en el tapetillo verde, en el que con gentil y desaprensivo desprendimiento dejábase ganar lo que sus sufridos súbditos y pacientísimos vasallos sudaban para él en forma de impuestos, gabelas, tributos y almojarifazgos, para nada hacía cuenta con atender a la precaria salud de sus Estados y a la dignidad de la Corona, que en virtud de la absurda ley de herencia habíase encajado por montera sin pararse a mirar antes si sentábale bien a la mezquindad de su cabeza.

A pesar de su mojigatería y misticismo gustaba de entretener el tiempo que le dejaban libre las cacerías y procesiones con las damas de la Reina, que antes que de enamoradas le sufrían de interesadas. Mas, cuentan que sus enamoramientos no trasmanaron un paso allá de los regios muros. Fuera y en público tenía muy buen cuidado de parecer tan austero e impenetrable como su terrible padre, que también en apartándose de las horas de devoción y del despacho se aireaba muy gentilmente con el voleo de las faldas.

Trajo la ruina del Reino, y en poco estuvo que la desmedida y criminal codicia de sus ministros y consejeros no diese al traste con el antiguo poderío de la Monarquía hispana.

Entretenido don Felipe en el tapetillo verde, en donde muy pacientemente y con gentil regodeo dejábase ganar por sus mismos satélites lo que los sufridos españoles sudaban para él en forma de impuestos, gabelas y almojarifazgos, para nada hacía cuenta de atender a la salud de sus Estados y dignidad de la Corona.

Gustaba de las aventuras fáciles con las damas palatinas, pero parece que su corto espíritu no se atrevió a salir a la calle como el de su hijo.

No tuvo, digo, la audacia de Felipe IV, que en toda parte hallaba motivo

y ocasión para rendir culto y pleitesia a la carne pecadora y cuando antojábasele que el mundo palatino era reducido campo para sus pecaminosas aventuras, no mostraba empacho en acudir a los místicos rediles en donde guarda el Señor sus más preciadas ovejas.

Recuérdese a este propósito, el paso entre comedia y leyenda que pasó en el monasterio de San Plácido, y en el que el Santo Oficio, por no tirar de la manta, como dicen, y que se descubrieran las grandes cosas que al cabo se descubrieron, demostró que era tan feble como cualquier mundano tribunal que se vea oprimido por poderosas influencias.

El nieto del César no osaba a tanto, aun cuando en sus cotidianas visitas a los monasterios matritenses viniese a tropezar con bizarrísimas retiradas del siglo; cierto que no dejaba de demostrar su profunda admiración por lo que Dios guardaba para sí, y parece que alguna vez que otra llegó a desgranar un madrigal cortesano en los castos oídos de alguna bella novicia; pero, por más que fuese de su agrado y diérale agudas estocadas en la carne pecadora, jamás se le ocurrió pasar adelante en la aventura, por temor a las represalias que al cabo de esta vida pudiérale tomar el Divino Esposo ofendido.

Pensaba que detrás de ella estaba agazapado el Enemigo, y ante tal temor, por muy bizarro que fuese el rejo de la monjita en cuestión, no pasaba adelante.

Sin duda que decía: "Por un rato de placer toda una eternidad de dolor, de ninguna manera. Holguémonos en paz y en gracia de Dios, como buenos cristianos, pero no le busquemos tres pies al gato."

* * *

La tarde en que al autor le conviene que se comience la acción de esta novela, y mientras la Soberana danzaba con el embajador de Francia, el Monarca y sor Juana Inés llevaban el pausado ritmo de un baile a los confines del vasto aposento.

Todas las miradas estaban fijas en la privilegiada pareja que hacía su cometido de prodigiosa manera, observando escrupulosamente todas las reglas del difícil y cortesano arte de la Danza.

Bien podrá creerse, según las crónicas cortesanas que han hecho mención de esta habilidad del prudente Filipo, que más que una testa coronada, sobre la que descansaba el peso de una tan dilatada república, como a la sazón era España, parecía un consumado maestro de danzar.

El Soberano, sin desatender a los rítmicos pasos de la danza, no olvidaba el discreteo, pues la plácida sonrisa y el rostro un tanto arrebolado de la bizarra esposa del Señor, no daba muestras de que escuchasen sus oídos recomendaciones piadosas ni jaculatorias a lo divino.

Sin duda que don Felipe se lamentaba de no haber conocido antes a la reverenda madre entre las damas de Palacio, sirviendo a la Reina y perdiéndose por aquellas espaciosas cámaras en tanto que doña Margarita, rodeada de dueñas y religiosos graves, pasábase las horas muertas en el oratorio preparando su alma para la eterna bienaventuranza.

En los claustros de un monasterio la aventura no podía pasar muy adelante sin comprometer gravemente la conciencia.

Muy ciertas habrían de ser estas sospechas, porque en una de las vueltas no faltó quien oyera responder a la monja, aludiendo seguramente a la cos-

tumbre palaciana de que las entretenidas de los Reyes finaran sus días en el claustro:

—Por ese camino no hubiese dejado vuestra majestad de encontrarme en este sitio o en otro parecido.

A lo que parece que hubo de responder el Monarca con su voz melíflua y apagada:

—Todo se hubiera compuesto con que después pusiera yo el monasterio que cobijara vuestra hermosura bajo el patronato real y con que me pasara allá más tiempo que otros y en las partidas de caza con que me alivio de las pesadumbres que suelen darme los "cuidados" del Gobierno.

Y a otra vuelta recogiéronse tales razones de los labios de su maternidad:

—Las mujeres de mi casa no llegaron nunca a tan bajo que se mancillasen con ser amancebadas de un Monarca; para esposas quizás sean poco, para estotro, mucho. Por amor, ¿quién sabe si no serían capaces de arrojarse en los plebeyos brazos de un lacayo; por cálculo ni codicia, no alzarán del suelo la perla "Peregrina" que lleváis en el sombrero, señor...

* * *

Dióse la danza por terminada, y dejando el regio danzante a su hermosa compañera dirigióse hacia el estrado y de como se hubo sentado entre toda la grandeza de su pomposa corte, dijo:

—Denme de beber alguna cosa.

No habían caído sus breves palabras en los imperios del eco, cuando el "guardamangier" revolvió a toda la servidumbre que tenía bajo su férula.

Un paje rubio y blanco, de apuesta gentileza, que más tenía de doncel que de muchacho, pareció a poco trayendo en las enfundadas manos con guantes de ambar una primorosa salvilla de plata repujada, sobre la que venía un delicado cristal de bohemia lleno hasta las heces de agua naranjada con azúcar, que era la bebida favorita del Soberano y sabía preparar de agradabilísima manera el famoso Martínez Montiño, experto y sabio regidor de los augustos paladares.

El Monarca, tomó el búcaro que el paje, puesta una rodilla en tierra, le ofrecía, y a pausados sorbos estuvo trasegando el gustoso refresco sin dejar de mirar disimuladamente a la hermosa sor Juana Inés, que estaba un tanto arrebolada entre sus otras hermanas de clausura.

Toda la comunidad puso los ojos en el gentilísimo efebo, encendidos por una curiosa observación que corrió de boca en boca, desde la madre abadesa hasta la última novicia.

Y en verdad que la curiosidad estaba harto justificada, sin echarlo a tierras del pecado; aquel lindo mancebo parecíase a sor Juana como una gota de agua a otra...

El perfil del rostro, el color de los ojos, hasta un gracioso mohín que la monjita tenía al sonreír, también reflejábase en el rostro del muchacho.

Solamente los dos parecidos no habían parado mientes en tan curiosa circunstancia.

... ...

Cuando terminó la fiesta y las castas ovejuelas del Señor acudían al coro, no faltó alguna que entre rezo y rezo dijese a sor Juana:

—Perdone, hermana, la curiosidad que, al fin y al cabo, por el mucho amor que la tengo en Jesús, nuestro bien, más puede tomarse por interés. ¿Tiene por acaso algún hermano mozo en el siglo?

Y habiendo respondido sor Juana que no, replicó la curiosa impertinente:

—No piense, hermana que sea afán de meterme en aquello que no me importa, y como dicen, no puede darme frío ni calor, lo digo, porque no sé si habrá reparado esta tarde en aquel lindo pajecillo, rubio como un oro, que sirvió el refresco a Su Majestad. Yo no he visto garzón más apuesto y gentil en todos los días de mi vida, ni antes de entrar en esta santa casa, ni en la iglesia desde la celosía del coro. Pues digo, que tal maravilla—¡Dios la bendiga y conserve muchos años para quitasueños de doncellas!—tenía vuestra misma cara.

—Coincidencias que consiente el Señor...—respondió displicente la importunada religiosa.

Y sin hacer más caso a la entrometida compañera, prosiguió el rezo con harta más devoción y menos gangosería que las demás.

* * *

Aquella regia fiesta más que alegrar a sor Juana, que por la muestra parecía ser quien más se hubiera holgado en ella, pues que fué la religiosa más agasajada de todas por la real persona, llenóla el alma de melancolías, por la fuerza de los recuerdos que del siglo le traía.

Entre aquellas estiradas damas y graves caballeros reconoció a muchos que veía casi a diario cuando ella lucía su espléndida belleza en los salones y estrados de las principales casas.

Alguna de las tales señoras se le llegó, y tras de besarla el cordón del hábito con mucha humildad, quiso, como dicen, tirarle de la lengua, preguntándola si no echaba menos el vivir mundano en que tanto había figurado teniendo tantos galanes al retortero y pareciendo la mejor joya de las damiselas de su edad.

Sacudióse sor Juana Inés la cortesana impertinencia con responder que su confesor habíale en absoluto prohibido poner el pensamiento en cosas que no fuesen Dios y su santo ministerio, y como lo dijo con tono un poco desabrido, que en ella no solía ser costumbre, todas se quedaron con las ganas de saber por qué motivo tomara la radical resolución de hacerse monja, y si en el claustro echaba o no de menos la vida cortesana.

Era lo cierto que aquel afán curioso si no quedó satisfecho en quienes sintieron su comezón, tuvo la virtud de revolver los recuerdos que parecían dormidos en lo más hondo del corazón de la hermosa monja.

¡Claro, que echaba de menos la vida que bullía detrás de los altos muros del monasterio y acordábase del malventurado suceso que allí la encerraron de por vida, pero como ello fué el mejor remedio para enjugar aquella pesadumbre, ella misma hizo un soberbio esfuerzo de voluntad para arancársele del pensamiento ya que no podía volver a ser quién fué! Ella misma procuraba aturdirse mintiéndose una vocación que estaba a cien leguas de sentir, creyendo que así Dios se compadecería de ella y acabaría por borrarla por entero los resabios mundanos.

* * *

La hermana tornera dormitaba continuamente durante todas las horas del día a la vera del torno al que tenía agregada su vida y por donde de vez en cuando se colaban solapadamente los airecillos del Mundo.

Con el "rosario" en la mano, bien arrebozada, sobre el brasero en los gélidos días del invierno y junto a una ventanica abierta que daba al claustro en las ardientes tardes del estío miraba pacienzudamente pasar las monótonas horas de un dilatado vivir, sin pena ni gloria.

¿Quién sabe lo que pudiera esconderse en aquella vida sedentaria y muelle y aparentemente pacífica?

Si siempre tuvo tan medrados anhelos y se conformó con tan poco como lo que allí tuviera, sin otra obligación que el rezo en el coro y el sueño junto al torno, bien desdichada vida era por cierto...

Colgadas en sendas escarpias, al alcance de la mano, y sobre una alcarraza repleta de agua clara y fría, en todo tiempo, había hasta tres jarrillas que hubieron su nacimiento en los más afamados alfares de Talavera, la hermosa ciudad toledana, por tantas causas y sucesos ilustre, las cuales jarrillas valían para dar la sangre cristalina de la Tierra a todo sediento que por amor de Dios se llegaba a pedirla.

Quienes únicamente sacaban de quicio a la buena hermana tornera eran los pícaros y gallofos, que, llegándose al pedir el agua, después de beberla, sin decir siquiera por vía de agradecimiento: "El Señor se lo aumente en esta vida y se lo premie en la otra", alzábanse, como suele decirse, "con el santo y la limosna", esto era, llevándose la vasija...

Mal que le pesase, y aún sufriendo la pérdida de las jarrillas, érale forzoso atender a cuantos llegaban, pues el agua es gracia de Dios, que no puede negársele ni aún a la más deleznable criatura.

Una de aquellas amodorradas tardes, en que más desesperada hallábase la hermana Dorotea—que éste era su nombre—, porque habíanle llevado cinco jarras otros tantos bigarduelos, llamaran quedamente al torno y pensándose la escarmentada que el que se acercaba fuese otro pícaro de la misma ralea que los anteriores, hecha un puro basilisco abrió la ventana y gritó:

—No hay más, que se ha secado el pozo. Dios le ayude a pasar la sed que tenga en desagravio de sus culpas, que no serán pocas.

—Advierta, madre—dijo el que llamaba—, que no es agua lo que he menester, aunque muy agradecido vengo a quedarle por la buena intención con que me la ofrece.

—Pues veamos qué es lo que entonces desea—inquirió sor Dorotea.

Y entre ella y el que llegaba entablóse este breve diálogo:

—Todo lo que necesito y espero que vuestra merced me responda no llega a más de saber si en esta santa casa hay una religiosa a quien llaman sor Juana Inés.

—Si hay. Sepamos ahora qué es lo que tiene que mandar para ella, y en verdad le digo, que no haciendo de menos a las demás religiosas, es como quien dice la perla del claustro.

—Por lo pronto, no más de entregarle esta carta, y sepa, hermana, que en el alma me regocijan esos buenos informes que me da de ella.

—Pues, ¿la conoce por ventura...?

—No, aunque más de lo que se piensa me va en ello.

Sin determinarse la buena tornera a tomar en sus manos el pliego que el mozo le alargaba, que mozo y muy mozo era el tal, replicó:

—¿No sabe su merced que las recogidas en el amor de Dios, (¡Bendito y alabado sea su santísimo nombre!), no pueden recibir noticias del Mundo, con el que ya no les unen ni siquiera los lazos de parentesco...?

—Este, hermana, es un caso de conciencia del que bien puedo asegurarle, que depende nada menos que la salud de dos almas, y así, yo le ruego encarecidamente que retarde lo menos posible que esté en su mano el que este pliego llegue a las de sor Juana, que yo le fío que habrá de tomároslo Dios a cuenta de vuestros muchos merecimientos...

—Siendo de esa manera que dice, consultaré el caso con la madre abadesa, y si ella lo estima justo, de aquí a poco obrará el pliego en poder de sor Juana, como es vuestro vehemente deseo.

—Yo le ruego, señora, por el santo que sea más de su devoción, que así lo haga y será la mejor obra de misericordia que habrá hecho en todos los días de su vida.

Comenzó a levantarse la hermana—con harto trabajo de la silla en que estaba, porque ya no era ninguna moza y sobre ello estaba impedida por el reuma—, diciendo conforme iza izando la pesadez de su doliente humanidad:

—El le oiga. Si no tiene cosa que mandar, el Santo Angel de la Guarda quede con él hasta que yo vuelva, que será lo menos que me consientan estas descomulgadas piernas, que ya parece que no quieren andar si no es el camino de la sepultura.

Tras esto, cerró la mirilla y... pensándolo mejor, volvió a sentarse y siguió dormitando acariciada por el monótono rumor de las "Ave-Marías" que caían de su boca y eran repasadas por el "rosario" entre sus sarmentosos dedos.

Quedóse el mozo por un buen espacio en el zaguán en espera de la respuesta de aquel pliego, de cuya lectura tanto fiaba, y al cabo, viendo que la tornera no llegaba y él no podía detenerse más espacio, lanzando una mirada y un suspiro hacia la puertecilla que con el claustro comunicaba, salió a la plaza, torció a mano diestra y subió lentamente, como quien tiene el ánimo embargado por hondos pensamientos o crueles pesadumbres, hacia el postigo de San Martín...

* * *

El toque del esquiloncillo conventual llamando al refectorio despertó a la tornera, la cual levantándose esta vez definitivamente y encaminándose al interior, no se olvidó de llevarse la carta.

Sor Juana Inés tenía tanta ascendencia y privilegios de cortesanía entre sus hermanas de clausura, que para ella no solían existir aquellas trabas y severidades monásticas que para las demás.

Parece que no acababan de considerarla profesa atada al altar con todos los indisolubles votos que ellas hubieron de jurar para el resto de sus días, cuando dejaron los goces y vanidades del Mundo por la paz del claustro.

Por esto, la carta que para ella dejara aquel mozo fué a sus manos sin sufrir el enojoso almojarifazgo de la priora.

Cuando sor Dorotea entrególe el pliego, aderezando en su abotargada faz una sonrisa para que le agradeciera el recado antes de determinarse a rasgar el sobrescrito estúvole mirando durante algún tiempo.

¡Tanto hacía que no la escribiera nadie, como no fuese para darle noticia de alguna desdicha familiar!

Al fin, tras de dar no pocas vueltas al pliego cerrado cayeron rotas las obleas que hacían oficio de guardianes de lo que dentro venía.

Algo extremadamente grave debía ser ello, cuando, luego de ponerse más pálida que la cera, llevóse la mano al corazón y cayó al suelo como herida por un rayo.

Tendida en el pavimento estuvo más de dos horas sin recibir auxilio de nadie.

Grande y desusado revuelo hubo entre las místicas palomas que no sabían a qué pudiera obedecer aquel imprevisto accidente de sor Juana, tanto más alarmante cuanto en todo el tiempo que entre ellas llevaba no había padecido otros achaques que aquellos a que por leyes de la naturaleza estaba sujeta...

Atendiéndola entre todas con escrupuloso esmero y tiernísima solicitud, llamado que fué el doctor que tenía a su cargo la salud de la comunidad, como supieron por él que la indisposición que sufría la reverenda madre no llevaba parejado trance de muerte inmediata, diéronse a cominear y comadrear, (¡mujeres al fin!) de qué pudiera venir tal desconcierto.

Cuando pasados que fueron dos o tres días se repuso la enferma, no parecía la misma de cuyo carácter alegre y expansivo tanto gusto recibían sus compañeras de devoción y clausura.

Aquella noble franqueza y gentil donaire de que siempre hizo gala habían dsaparecido casi por completo dejando en su lugar una intensa melancolía.

Por más que ella se empeñaba reciamente en disimular el estado de ánimo que la embargaba no era la de antes.

Ya no era el regocijo de las demás en las frondosidades de la huerta, refiriéndoles casos y cosas del mundo que había al otro lado de los altos muros ni oíanse las graves notas del órgano que tenía en su celda maestramente profanadas con alegres cantinelas desconcertaban a los oídos pacatos de las religiosas ancianas en aquel ambiente propicio a la austeridad y al recogimiento.

* * *

La vida monástica de sor Juana sufrió, en fin, tan rudo cambio que todos la desconocían.

Hasta llegaron a pensar si el "Enemigo" habríase enamorado de su bizarrísimo cuerpo y estaría dentro de él haciendo estragos para llevárselo junto con el alma, que no habría de ser menos garrida, a los profundos infiernos.

Si asistía al coro, (obligación de la que las más de las veces se excusaba con poner por disculpa que hallábase mortificada de una cruel jaqueca), no estaba con la devoción debida y trabucaba lamentablemente los rezos.

No bajaba ya a la huerta como antes a entretenerse con la grata compañía de un libro.

Respondía desabridamente cuando la preguntaban las causas de tan reconcentrada tristeza.

La tornera, gran parlanchina, que se desquitaba de los malos ratos que hacíanle pasar los ladronzuelos de jarras, contando a las castas Esposas del Señor cuánto pasaba ante las rejas de su mirilla, murmuraba de que aquel radical y extraño cambio de sor Juana coincidía exactamente con la lectura de la carta que ella recibiera de las pulidas manos de un apuesto doncel...

Parece que el tal había vuelto otras dos veces más, pero la fidelísima "tornera", acordándose del efecto que la primera había causado en el ánimo de la mundana religiosa, no le pareció prudente hablar más del caso ni aún a la misma superiora.

Como una sombra cruzaba sor Juana por los solitarios claustros para asistir al coro, y en estos breves paseos apenas si se advertía el ruido de sus blandas pisadas sobre el embaldosado pavimento.

* * *

A este tiempo llegaron las fiestas de Semana Santa y en todo el monasterio no hubo vida para otra cosa que para preparar las fiestas sagradas que se acostumbran en tal época del año.

Así pues, nadie durante aquellos días volvió a parar mientes en el estado de ánimo de sor Juana Inés, la cual, por su parte, también miró a distraerse cuanto pudo en los preparativos devotos y ejercicios espirituales que en tal tiempo se practican.

* * *

La priora creyó que en el deber que tenía de velar por el buen orden y más ejemplar disciplina de la comunidad, no debía consentir que pasara adelante la misantropía de sor Juana, pues pensaba que el Divino Esposo pudiera pedirle cuentas, por no tener el debido celo con sus elegidas, y en cuanto pasaron las fiestas de la Semana Santa que todo el tiempo embargado miró a poner su pensamiento por obra.

Y una mañana, después de misa mayor, la rabadana del místico redil entró a ver a la "oveja" enferma o voluntariosa.

La conversación fué larga y por todo extremo interesante.

A cien leguas estaba la priora de esperar semejante sorpresa, y así quedó sumida en un mar de confusiones, sin atreverse a dar resolución acerca del formidable conflicto de conciencia entablado con voz dolorida y contrita por sor Juana.

Era un caso irreductible de renunciación a la vida monástica más digno de ser escuchado y atendido por graves y sesudos doctores de la Iglesia que por una pobre mujer llena de gran piedad, pero sin luces ni jurisdición para resolver por su cuenta y riesgo.

Lo que parece que habló nuestra monjita así como vió entrar en su celda a la madre abadesa, fué en sustancia, aunque no fuese expresado con las mismas palabras, lo siguiente, pero poco importa la forma ni viene al caso, si el fondo hubo de ser claro y terminante.

* * *

Sé a lo que viene, reverenda madre, y aunque me duela por la violencia que ha de hacerme el hablar, casi lo deseo y pienso, que allá, en lo más hondo de mi conciencia, se lo he pedido al Señor. Hágame, pues, la merced de tomar asiento y sea servida de escucharme como si me tuviese en la hora suprema de la muerte y la pidiese que me oyera en confesión.

..."Yo, madre mía, renuncié al siglo habrá por ahora diez y seis años, a causa de un infortunado tropiezo del que sólo nuestro amoroso Jesús supo perdonarme como perdonó a María Magdalena. Queríanme casar mis padres con un rico hidalgo de Sigüenza, el cual, por los muchos años que llevaba a cuestas, no ya pudiera pasar por mi padre sino por mi abuelo. Aparte de la gran diferencia de edades y de los muchos e insufribles achaques con que forzado pretendiente ilustraba su vejez, muy mal podía yo mirarle con buenos ojos estando amartelada con cierto galán, el cual había amistad muy estrecha con mi único hermano.

"Yo, en mis naturales ansias de apartarme del viejo que tan en contra de mi voluntad pensaban mis padres suministrarme por marido, cada vez arrimábame más a mi don Fernando, que tal se llamaba aquel a quien tan bien quería, hasta que una tarde del abril florido vine a cobijarme en sus brazos, como paloma huída y amedrentada por los ataques del gavilán y en aquel mismo punto y hora fué comenzada mi desventura y la pérdida cruel y sangrienta de mi pobre hermano.

Y aquí hizo sor Juana un alto en su confesión porque los sollozos vinieron a velarle la voz y las lágrimas a inundarle los ojos.

—Sosiéguese, hija, sosiéguese y descanse si tanta pesadumbre le traen estos mundanos recuerdos, que yo no tengo prisa ninguna y emplearé en escucharle todo el tiempo que sea menester—exclamó amorosamente la abadesa viéndola tan atribulada.

—Perdone, madre—respondió la dolorida, haciendo todo lo posible por serenarse—, pero la fuerza del recuerdo pudo más que mi voluntad, aunque hago todos los esfuerzos imaginables para mantenerla.

Y tras de enjugarse las lágrimas con un rico lenzuelo, prosiguió:

—El amor aquél había sido tan recio y fértil, que comenzó a germinar en deshonra, para florecer de allí al tiempo natural en otra vida. Mis padres, que de tal suerte vieron mancillado su buen nombre, diéronse harta prisa para sacarme de la Corte hasta que fuese llegado el momento del trance, y mi hermano, queriendo limpiar con sangre la mancha que yo echara en nuestro esclarecido linaje, halló la muerte en los filos de la espada de mi galán. Este, a su vez, como vió el mal recado que había hecho, buscó la salvación en la huída y poniendo agua, que no tierra de por medio, embarcóse para Nueva España, sin que hasta la fecha haya vuelto a tener noticias suyas.

"Llegó el momento de que saliera a la luz del mundo el adorado fruto de aquella pasión desgraciada y ni aún besarle me consintieron los crueles esbirros que mis severos progenitores pusieron a mi cuidado. Dios se lo habrá perdonado, que yo, hasta la hora presente, no he podido con ser quienes me dieron la vida.

"Dijéronme que el Señor habíale hecho la merced de no dejarle vivir para que no caminase por el mundo con el peso de la deshonra y de la vileza.

"Lloré las primeras lágrimas de madre, y ya sin amor alguno que atárame a este valle de lágrimas, formé resolución irrevocable de profesar en un monasterio tan pronto como hallárame completamente restablecida. Diéronme mis padres licencia para ello, que tanto y más que yo lo deseaban y a los que no había vuelto a ver desde el trágico fin de mi desventurado hermano y consagré a Dios el resto de mis días con la resignación y buena conformidad que vuestra reverencia sabe.

"Aquietado el espíritu vivía detrás de las rejas místicas y carcelarias de la casa de Dios, no pareciendo mal mis honestos resabios del siglo, pues los que acá me trajeron bien puedo jurarle con la mano puesta en el corazón que hice absoluta y firme renunciación, cuando un pliego cerrado que esotra tarde me entregó la hermana tornera, me ha arrancado el alma de aquí y me la ha vuelto al mundo..."

Aquí tornó a emocionarse, en tal y tan desconsolada manera sor Juana, que preciso le fué a la madre abadesa dejar para otro día lo poco que ya restaba de la confesión.

* * *

Para más claridad en la narración, piensa quien la escribe, que será bien suplir la charla confidencial de la atribulada esposa del Señor, refiriendo por separado, aunque sea de manera sucinta y lo más clara posible, la esencia de aquella carta que recibió sor Juana de manos de la hermana tornera.

* * *

El fruto de aquellos trites y livianos amores no había muerto como hicieron creer a la seducida.

Siguiendo las costumbres de los monarcas con los hijos que les nacían fuera del matrimonio, apenas nacido el de doña Juana de Amézaga, que tal era el nombre de la hermosa monjita cuando triunfaba en las revueltas del siglo, separáronle de la madre y llevároníe a criar a un pueblo próximo a Madrid, del que a este tiempo no hace memoria el cronista.

No quiso el abuelo de la triste criatura que su nieto corriese la suerte de otros malaventurados que vienen a las veredas del mundo por la "puerta falsa" y arrastran después una vida oscura entre la compasión y el desprecio de las gentes.

Dióle por tutor al párroco de aquel lugar a la margen de la Corte, dejándole una decente pensión con la que fuese atendida su crianza, de la cual dejó mandado que fuese lo más cristiana posible.

Hasta los doce años vivió el muchacho en la aldea, gozando de la más completa libertad, pero, no descuidado en la parte que a su instrucción tocaba, pues que el bueno del clérigo no descuidó el ponerle en camino de ser algún día hombre de provecho.

Aunque muy conforme estaba el abuelo de las buenas disposiciones y celoso cuidado en que tenían a su nieto, pensó, y pensó bien, que más medraría educándole con mira a las antesalas palatinas que al regimiento de una cátedra en cualquiera de las famosas universidades de que se enorgullece España.

La Intriga ofrece siempre más campo para medrar que el Ingenio.

Cuando cumplió los diez años, hízole trasladar a Madrid y tuvo influencia bastante para proporcionarle una plaza de paje en la cámara de Su Majestad.

El muchacho estaba muy lejos de sospechar que aquel caballero enlutado y de verdoso color, como una figura de "El Greco", que de vez en cuando deteníase a acariciarle y a ofrecerle golosinas, fuese su abuelo.

Teníale por deudo poderoso del buen clérigo que cuidóle durante su niñez y empezaba a guiarle en los comienzos de la mocedad.

Cierta tarde corrieron rumores por las antecámaras del Alcázar de que el noble viejo hallábase enfermo de mucho cuidado, y de allí a menos de una semana dióse noticia de que el Señor habíale llamado a su Reino, en donde puede que a la hora presente también desempeñe un honroso cargo.

Leandro, que tal se llamaba el paje, sintió aquella muerte con intensa pesadumbre. Dijérase que la voz de la sangre advertíale de quién era el difunto, aunque, a la verdad, tan callada era la dicha voz que no acertaba a pasarle del corazón.

Hizo como un examen de conciencia o más bien resumen de su vida, desde el día en que vióse en Palacio hasta el preciso momento en que le dijeron que había muerto su bienhechor.

Recordaba que habíase aposentado unos cuantos días en su casa, un vetusto caserón enclavado en la Costanilla de San Pedro, en donde no vió más servidumbre que la que componían un rodrigón avellanado y seco, una dueña quintañona, que pasaba por ama de llaves, un pajezuelo de poca más edad que la suya y una esclava negra que atendía al cuidado de la cocina.

Aderezado un poco al uso de la Corte, lleváronle a Palacio, en donde fué, desde luego, incorporado al cuarto de los pajes del Rey.

Prestamente supo conquistarse el afecto de todos y aún parece que el mismo Monarca llegó a cobrarle afición, y muy frecuentemente solía emplearle en su inmediato servicio.

Con los nuevos camaradas, alguna vez tuvo que demostrar, que, aunque criado en una aldea, no era tan simple como ellos se pensaban, y con media docena de puñetazos que supo repartir a tiempo y no con la blandura que hacían esperar su cortos años, quedó la "pajería" como una balsa de aceite.

Y fué por aquellos días cuando escribióle el clérigo, diciéndole que pidiese licencia en Palacio y se pusiese en camino para la aldehuela, pues tenía que comunicarle algo muy importante y transcendental para el porvenir de su vida.

Hizo Leandro tal y como le ordenaba su viejo tutor, y tomando una mula de las reales caballerizas, sin llevar más de lo puramente preciso para tan corto viaje—corto no por la distancia, sino por los pocos días que habría de detenerse en él—, y salió de Madrid al amanecer de un magnífico día de Mayo.

... ...

Sentados preceptor y discípulo muy mano a mano y teniendo bien cerradas las puertas de la estancia que habían elegido para su conferencia, (previsión que enfadó no poco a la señora Jacinta, el ama de llaves) descorrió el primero el misterio de su hijo adoptivo, el cual escuchaba con vivísimo interés, sin ser osado a levantar sus hermosos ojos del suelo.

La inesperada revelación de su origen hízole tal efecto que le paró mortal.

Hasta entonces tenía creído que era sobrino del buen eclesiástico.

—Don Bltrán de Amézaga, que éste era el nombre ilustre de tu abuelo—decíale el cura—, dejóme encomendado, que tan pronto como él expirase pusiera en tus manos estos poderes para que cobres tu hacienda y diérate noticia de dónde podrás hallar a tu madre...

En las primeras horas de la siguiente mañana tomó Leandrillo sus papeles, y luego de una tierna despedida emprendió el camino de la corte.

Tantos y tales pensamientos traía el mozo revueltos en su magín, que no sintió la incomodidad de ir caballero en tan mala cabalgadura, que siendo como era palaciana, más parecíalo de alquiler por los muchos resabios y disfavores de que estaba adornada.

Entró por la Puerta de Alcalá, cuando ensombrecían las calles de la coronada villa las primeras tinieblas de la noche...

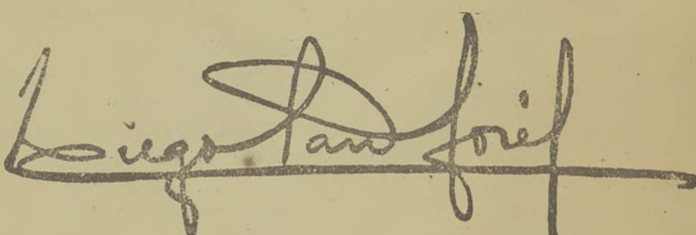
En el siguiente día—que no quiso dejar para más tarde—, fué cuando acudió al torno del monasterio, llevando escrita aquella carta que dió al traste con la pasiva vocación y circunstancial misticismo de sor Juana Inés.

* * *

Tal fué el trastorno sufrido en la hasta aquel punto y hora ejemplar esposa del Señor, que las dignidades de la Iglesia, enteradas del caso excepcional y por que no cundiera el mal ejemplo en la comunidad ni quedase profanado el el santo lazo con el divino cónyuge, no tuvieron inconveniente en declarar nulo el matrimonio.

... ...

Y de allí a cuatro meses, que llegó de Roma el Breve del Papa, autorizando la exclaustración y rompimiento de votos, abriéronse las macizas puertas de la clausura, y sor Juana Inés volvió por verdadera madre a salir a la plaza del Mundo del brazo de su hijo, y como todavía llevaba en su corazón un poco de misticismo, decía que cuando por última vez, antes de abandonar su celda, se prosternó delante de aquella magnífica imagen del Crucificado, parecióle que el rostro tenía una intensa expresión de dulzura y antojósele, que en vez de tener los brazos puestos en cruz por la fuerza del tormento espantoso a que la humanidad le condenara, era así porque los abría en un ademán de sublime liberación...



AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: ANTONIO MANZANERA.-Independencia, 856.-Buenos Aires.
Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.
Guatemala: DE LA RIVA HERMANOS.—9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8 008

Treinta años. A esta edad, si no ha sonado, puede sonar la primera canas; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua **Eau Jaune de Oro**, y evitaréis las canas, la caspa y la caída de cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

Galdós.-29. Electra.-55. Doña Perfecta.-58 La loca de la casa.-63. Realidad.-82. La de San Quintín.-** Sor Simona.-389. Tormento

Benavente. - 9. Todos somos unos.-109. La copa encantada. - 167. El marido de su viuda.-205. Más fuerte que el amor - 239. La princesa Bebé.-253. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada. - 281. La gata de Angora. - 288. La loca de los sueños.

Quintero. -66. Doña Clarines. - 71. El patio. 76. La escondida senda. -83 El niño prodigio. - **Pepita Reyes.-235. El centenario. -257. La zagala. - 264. El género ínfimo.

Guimerá. -118. María Rosa. - 114. Tierra baja. - 168. Agua que corre.

Linares Rivas.-18. El cardenal.-89. La cizaña.-161. Bodas de plata.-241 Cristobalón.- 246. Tronadas. - 250. Flor de los pazos, - 287 Sangre roja. - 292. La razón de la sinrazón... - 296. Alboreadas.

Martínez Sierra. 29. Primavera en otoño. **El alma de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve. -166.Lances de honor.-149.La locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.

Dicenta. 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-50.El crimen de ayer.-60. Daniel.- 69.Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Lucifer. - **Juan José.

Cornilla. 138 El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El gallo del Sodo.-171. La mejor razón la espada. 204. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.-10. El Rey galaor. - 26. Aben Humeya. -37 . Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla.-217. El Halconero. -** El Alcázar de las Perlas.-96. La Gioconda.-354. La maja de Goya.

Marquina. - 194. En Flandes se ha puesto el sol. - 202. Doña María la Brava. - 291.El retablo de Agreliano.-299.Las hijas del Cid.-195.El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86.La tempestad.-95. La Bruja.-105.- La rueda del juicio.-104. El bigote rubio.- 169. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los solteros. -219.La criatura.-89. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-127. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225.Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-191 El afinador.-209.Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. —188. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal. - 110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118 El rey que rabió.

Echegaray (Miguel). -44. La viejecita. - 58 Gigantes y cabezudos - 76. El dáo de la Africana. -91. La Rabalera - 115. Los demonios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 183. Los Hugonotes. - 139. Entre parientes. -111. El octavo, no mentir. -308. Juegos malabares. -305 Meterse a redentor.-307 La monja descalza.

Arniches.-2.La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós -19.Las estrellas. -20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. - 268. La chica del gato. - 283. La heroica Villa. -285. Es mi hombre. - 286. La pobre niña. -289. Los caciques. -293. La hora mala. -302 ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17.El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. - 78.El fresco de Goya. - 83. El método Górritz. -87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124 El polio Tejada.-128.El perro chico. -166. Gente menuda. -182. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca. - 8.El verdugo de Sevilla.-12.Fúcar XXI.-34.La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56.Los cuatro Robinsones..64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270.La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278. La cartera del muerto. - 280. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo.-193 Faustina. -298. Los misterios de Laguardia. 291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 207. Pepe Conde o el mentir de las estrellas. -208. La fórmula 3 K3. -73.Trampa y cartón. -97. López de Coria. -187. Los amigos del alma. - 254. Un drama de Calderón. - 260. Martingalas. - 262. Trianerías, -238. La hora del reparto. - 265. El parque de Sevilla.

Paso-Abati. -13. El río de oro. -40. El gran tacaño. -116. La divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrín-Palacios.-74. La corte de Faraón.-80. La manta zamorana. - 81. Pedro Giménez. - 99. La Generala. 98. Pepe Gallardo. - 100. El Pájaro de la suerte. - 142.Enseñanza libre. - 213. Certamen Nacional. - 194. Cuadros disolventes. -190. La tierra del Sol.-223.Las mujeres de don Juan. - 148. El País de las Hadas. - 249. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Tocata de Mapoas.-3.El místico.-4.Los semidioses.-5. Las castañas.-18.El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Fanny Sansón.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primeros.-38 Rafles. - 41. Mirandolina.-42 Genio y figura. -47.Petit-Café. - 48.Los Noveleros -54. La Tinoma. -55 Miguette y su mamá. -57. Los cursales. -62. La casa de las burlas. -102 Frous Frullera. - 108. La Tosca.-108. La tía de Carlos.- 112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general. -133. ¡Tocino del cielo!-134 Militares y paisanos-135. Muérete y verás!-139 . Jarabe de pico. - 140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor. - 144. Blanco Jimeno.-145 El

crimen de la calle de Leganitos. -145. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo. -158. La Cieión. -166. El amor vela. -160. La señorita del almacén. -164. El Ladrón. -168. La pesca del salón. 167. El señor Duque. 169. El gobernador de Orbequieta. - 173. Jettatore. - 180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer rorro. -189. La casa de los milagros - 190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla. - 199. Marcela, o ¿a cuál de los tres? 203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de oro. -208. También la corregidora es guapa. -210. Míster Beverley. -212. La dama de las camelias.-215. Hamlet. -216. La caracterización y las mercillas.-230. Los piropos. -221. El Gavilán. -224. Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227. El soldado de San Marcial. -228. Judith. -230. El pelo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca. 233. Bovejeser.-237 El puesto de antiguités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes -240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe. 245 El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio secreta venganza.-264 Mi salvador.-269. La tierra.- 272. La República de la broma -279. Garineldo.-283. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sea, Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la sierra.- 310. ¡Si fué don Juan Andaluz!..-311. Margarita la Tanagra.- 313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre. 316. El pobre Rico 317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321 -La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-326. El cuarto de Gallina.-325. La casa de Salud..-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328. El cerdo de Avilés.-329. La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres.-331. Alcalá de los Gandules.-332. Arsenio Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superhembras.-335. La extraña aventura de Martín Peñuet.-336. Flor de Córdoba.-337. Los malcasados.-338. El segundo marido.-339. El amigo de las mujeres.-340. El tiempo de las cerezas.-341. Nick Carter.-342. La reconquista.-343. Embrujamiento.-344. Gloria. 345. Pedro Fierro.-346. Nuestro enemigo.-347. Currito el de las guitarras o El gordo de Navidad.-348 El desconocido.-349. Las urracas.-351. Amo y criado.-352. El convento de Vergara.-353. La otra vida.-355. El examen de maridos.-356. El valiente capitán.-358. El Licenciado Vidriera.-359. La hermosa fea.-360. Nuestra novia.-361 El bello Don Diego.-363. El fin de Edmundo.-365. Una buena muchacha.-366. ¡Prisionera!. 368. El agua del Lozoya.-371. Arcadio es feliz.-372 La copa del olvido.-373. Vivir.-374. Las mujeres de Zorrilla.-375. La del molino.-376. Los gorriones del Prado.-378. La moza de Campanilias.-379. Espantapájaros.-380. Mon homme.-381 Pasa el lobo-382. La cena de los cardenales.-383. Bridge.-384. Ojo por ojo.-385. Su desconsolada esposa.-386 La embajadora.-387. El celoso extremeño.-388. Un hombre encantador.-390. El panal de miel.-391. El talento de mi mujer.-392. El otro derecho.-393. La red.-394. El hombre de mundo. -398. El paso del camello.-399. En el llano.-401. La casa de los pájaros. 402. La pinpinela escarlata.-403. Muñecos de trapo.-406. La venta de don Quijote.-408. El alba, el día, la noche.-409. Una mujercita seria.-410. La alegre diana.-411. La muerte del ruiseñor.-412. ¡No matarás!-413. El vizconde se divierte.-414. Mi mujer es mía. 415. La negra.-416. El anzuelo de Fenisa.-417. El clavo.-418. El ratón, El fuego y Las aceitunas. 419. «Málaga ciudad bravía ..» -420. Hay que vivir.-421. Un buen mozo.-422. ¡Por ser la virgen de la paloma! 423. El dinero del duque.-424. El dilema.-425.- La caída de la tarde. 426 Abarragoitia y Salabanchurreta.-427. Bataclán. 431. Marcelino.-432. El secreto.-433. El oculto tormento.-434. La perla azul.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-62. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-94. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido del principal -174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Saturnano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-236. El Príncipe Carnaval.-235. Don Lucas del Cigarral.-258. La novelera.-262. Matías López - 265. Tonadillas y todadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.)-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.) 277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.-290. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301 El corto de genio -312. Arco Iris.-314. El gran Bajá. 319. Lola Montes. 324 Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)-350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte) 357. Benamor.-362. La boda.-364. La venus de piedra 367. Tonadillas y tonadilleras españolas (9.ª parte.)-369 Nancy.-370. El apuro de Pura.-377. La luz de Bengala.-395. La montería -396. Carmina la caseruca.-397. La alsaciana.-400. La linda tapada. 404. Tonadillas y tonadilleras españolas (10.ª parte.)-405. La guillotina.-407. Los gavilanes.-428. La garduña.-429. Las aventuras de Colón -430. Tonadillas y tonadilleras (11.ª parte.)

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

Historia de Gil Blas de Santillana (tomo IV), por Alain-René Lesage.

132 páginas. **40 cts.**